

ha impedido manifieste muchas veces calidades de auténtico creador poético o recreador de viejos temas que brillan en múltiples poemas como en su magistral "Ifigenia Cruel".

Carlos Pellicer (1897) es de aquella progeñie que maneja de mano maestra los colores. Rebulle en su poesía el coloreado mundo tropical, caminante por el paraíso americano, lo seducen los puertos, pueblecitos, cordilleras andinas, "el príncipe de los más altos sueños", Bolívar. Canta el color una y otra vez como en este verso maravilloso:

Ya no importa el color, sino lo claro...

El color y el agua se reparten su primera temática.

*Mirando el río de aquellas tardes
junté las manos para beber.
Por mi garganta pasaba un ave,
pasaba el cielo.*

Así en su precioso poema "El canto al Usumancita", el gran río de su natal Tabasco. Pellicer es figura misma de río, ya que, como dice Nietzsche, cuando el artista domina las cosas que le rodean y se funde con ellas, la obra de arte es el hombre mismo. A pesar de ese marcado sabor americano no se le puede llamar el poeta de América porque aparece hondamente permeado de subjetividad. Cristalina y campanilleante, creadora de mundo de luz, musical y coloreada, su poesía toma después rumbo hacia la intimidad hasta tocar las propias entrañas de lo religioso en los magníficos y últimos poemas no agavillados aún en libro. Entre los poetas mexicanos se distingue por su dedicación absoluta a la poesía abandonando los restantes géneros literarios. Poeta entero, "uno de los más grandes exponentes de la poesía contemporánea de todo el continente" (9), está pidiendo difusión y conocimiento. Podría decirse de su poesía lo que dijo de un pueblecito de los Andes:

*Aquí no suceden cosas
de mayor trascendencia que las rosas.*

Los intentos de un nutrido racimo de poetas, al fundar un nuevo *Ateneo de la Juventud* y revistas como "La Falange" (1922-23) y "Ulises" (1927-28), se ven coronados de la integración de una de las familias poéticas más numerosas y representativas de las letras mexicanas conocidas con el nombre que le dieron a su revista "Contemporáneos". A ella pertenecieron poetas que desde el principio se distinguieron por

(9) José Tiquet, *Carlos Pellicer*, Lectura, revista crítica de ideas y libros, tomo XCVI, núm. 2, 15 de noviembre de 1953, México, p. 52.

una más nítida conciencia de existencias estéticas y de abertura a los modelos europeos de mayor alcance y prestigio del momento: Mallarmé, Valery, Laforge, Keats y otros. La mayor parte de ellos viven y han producido obras de perdurable mérito y valor poético. Nombraremos a Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo —hijo de González Martínez—, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet.

Villaurrutia (1903-1950) es uno de los poetas más caracterizados de aquella dirección que quiso sobreponer a la manera de ser del mexicano estructura de extranjeras teorías en el terreno de los afanes estéticos. Poesía subconsciente contagiada del furor destructivo del objeto puro de la belleza traído al arte por el cubismo, futurismo, surrealismo y el arte abstracto. La realidad sufre vivisecciones sin término. Pero Villaurrutia es tan grande como Nerval o Poe, y no pocas veces da muestras irrefragables de alto poder creativo, de fina sensibilidad para los temas nocturnos y oníricos y, sobre todo, para el tema de la muerte, incisivo en él hasta convertirlo en su poeta; escudriña la muerte certeramente, la siente y la penetra, no sólo en su realidad física, sino en la dimensión trascendente. Libros como "Décima muerte" y "Nostalgia de la muerte", para no citar más que obras poéticas, nos dan la razón. El poeta de aquél fácil impresionismo a tono con la moda musical y pictórica de Debussy y Cezanne de "Reflejos" (1926) cede a los temas nocturnos el canto de la rosa, para ascender, purificado en su propia catarsis, al canto puro de la primavera:

*La primavera surge
el cielo, es una nube
silenciosa y delgada,
la más pálida y niña.
Nadie la mira alzarse,
pero ella crece y sube
a los hombros de viento,
y llega, inesperada.
¡Porque la primavera es una nube!
La primavera surge, llega y sube
y es el sueño y la ola y es la nube.*

El estudio de la temática poética mexicana nos llevaría a la conclusión de que ella asciende a los temas universales sin conformarse con los de estirpe personal, creando nuevas vislumbres al contemplarlos, ajenos a los de otras épocas y literaturas. Importante a este respecto es el ensayo que sobre el tema de la rosa y el agua estudia el poeta nicaragüense Salomón de la Selva en el prólogo del hermoso y vasto poema "Canto a la Independencia Nacional de México", y el de Guillermo Díaz Plaja sobre el sentimiento de la naturaleza en la poesía de Sal-

vador Díaz Mirón aparecido en la Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (10).

No empecé su varia y flexible curiosidad literaria —ensayo, novela, teatro, argumentos cinematográficos, relaciones de viaje, escenificaciones radiofónicas e innumerables colaboraciones en revistas y periódicos—, Salvador Novo (1904) es de las figuras mayores del grupo “Contemporáneos”. Su verso abandonó los primitivos caminos de la ironía para internarse por senderos de profundidad lírica.

Del mismo grupo “Contemporáneos” mencionaremos a Jaime Torres Bodet y José Gorostiza.

El primero, actual Embajador de México en París, llamado don Jaime el Alfabetizador por haber afrontado el problema del analfabetismo a su paso por la Secretaría de Educación Pública con inusitada atención, ha sido uno de los poetas de más intensa producción, ya que entre los años de 1922 y 25 publicó siete libros de gran pureza lírica; de ellos sólo quiso conservar los poemas recogidos en “Poesía”, publicado en Madrid en 1926, al que han seguido “Sonetos” (1949) y “Fronteras” (1955), que marcan un continuo acendramiento de su lirismo hacia una mayor profundización.

Gorostiza (1901), que, a juicio de algunos críticos, sube a la cima poética hispanoamericana en el extenso poema “Muerte sin fin”, se complace durante la primera época en la línea musical y delicada de “Canciones para cantar en las barcas” (1925), donde no faltan la miniatura preciosa del “Hai-kai” o el poema de un solo verso, como “Elegía”.

*A veces me dan ganas de llorar
pero las suple el mar.*

*El Faro,
rubio pastor de barcas pescadoras.*

*La orilla del mar
no es agua ni arena
la orilla del mar.
El agua sonora
de espuma sencilla,
el agua no puede
formarse la orilla.*

Después puebla su poesía del difícil arte de “Muerte sin fin” (1939) o de “esa palabra que jamás asoma a tu idioma cantado de preguntas”. “Desde Sor Juana —dice Manuel Ponce— nuestra poesía no se había engalanado con tal eficacia verbal, con tal imagen nítida, con tal

(10) Guillermo Díaz-Plaja, *El sentimiento de la naturaleza en Díaz Mirón*, CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Madrid, mayo 1955, núm. 65, pp. 197-205.

fluidez melancólica, incisiva y pura, gobernado todo con insólita maestría. Pero, hay que confesarlo, tan bello espectáculo se levantaba sobre una columna ideológica sin consistencia, ya perfectamente catalogada por los tratados de la ineptia evolucionista (11).

En torno a las revistas "Taller" (1938-1941), "Tierra Nueva" —así bautizada por el fino poeta de "Jornada Hecha", el exilado español Francisco Giner de los Ríos—, "Letras de México" (1937-47) y "El Hijo Pródigo" emerge una notable generación, entre los que destacan Octavio Paz, Efraín Huerta, Ali Chumacero.

Enorme es la personalidad de Octavio Paz (1914), considerado como uno de los más grandes poetas hispanoamericanos contemporáneos.

"Pocas poesías —asienta Pablo Antonio Cuadra— pueden preciarse de haber logrado una más hermosa fusión de la plástica indígena precolombiana con el mundo onírico del surrealismo" (12). En Paz coexisten ambas tendencias, como puede apreciarse en el pequeño poema "Visitas":

*A través de la noche urbana de piedra y sequía
entra el campo a mi cuarto.
Alarga los brazos verdes con pulseras de pájaros,
con pulseras de hojas.
Lleva un río de la mano.
El cielo del campo también entra,
con su cesta de joyas acabadas de cortar.
Y el mar se sienta junto a mí,
extendiendo su cola blanquísima en el suelo.
Del silencio brota un árbol de música.
Del árbol cuelgan todas las palabras hermosas,
que brillan, maduran, caen.
En mi frente, cueva que habita un relámpago...
Pero todo se ha poblado de alas.
Dime, ¿es de veras el campo que viene de tan lejos
o eres tú, son los sueños que sueñas a mi lado?*

Paz ha desentrañado de la tierra mexicana y del pueblo una lengua poética nueva que, sin perder sabor a tierra nativa, tiene resonancia universal; ha unido dos elementos que empezaron a ser soldados por López Velarde, pero no alcanzaron a serlo tan plenamente: lo popular y lo universal, lo original con lo originario, y en esa integración de lo mexicano en su poesía estriba, según el tantas veces mencionado crítico y poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, "la calidad representativa del joven poeta".

Como fenómenos de especial relieve en el arte literario de México

(11) Manuel Ponce, *Dios y el poeta*, "Abside", XIX, 3, México, 1955, página 330.

(12) Art. cit., p. 354.